

## ALGUNOS JUICIOS SOBRE LA EMPRESA DE INDIAS

**Javier González Echenique**

De la Academia Chilena de la Historia  
Universidad Católica de Chile

La historia que se vive y se hace es una cosa. Otra es la que se cree conocer y que, por eso mismo, se escribe, para que otros participen también de tal conocimiento. Esta segunda, por imparcial que sea el historiador, está cruzada de prejuicios, errores conceptuales o de hecho, percepciones equivocadas y muchos otros factores que, según las circunstancias, alejan de la verdad a que se aspira.

Pertenece a tales elementos la imagen, o la fama, si se quiere, que de determinados procesos o hechos han presentado los cronistas o historiadores que han tratado de ellos.

Una de las épocas más polémicas, históricamente hablando, de nuestro pasado, ha sido el tiempo transcurrido entre el descubrimiento y la emancipación, y no carece de interés analizar la imagen, o las imágenes, que de él se han formado. Ellas no han sido ajenas a las historias posteriores e infunden, además, un sano escepticismo respecto a la veracidad real de las descripciones del pasado.

El caso del período español de nuestra historia es particularmente interesante, tanto porque la independencia marcó profundamente a los actores y a sus sucesores inmediatos cuanto porque el siglo XIX fue eminentemente ideológico, con lo cual se produjo otra intervención extraña, por así decirlo, en la comprensión del pasado.

Si bien se conoce la mala fama del período hispánico derivada de las obras de los llamados historiadores clásicos, tales como Barros Arana y Amunátegui, menos se sabe de las imágenes de años anteriores, cuando las ideologías tenían mucho menos peso y significado en el pensamiento.

El primer testimonio que se presenta a la vista es la obra del religioso franciscano fray José Javier Guzmán Lecaros, que publicó en 1834 los dos tomos, con 927 páginas, de *El chileno instruído en la historia topográfica, civil y política de su país*. No se distingue este libro por sus valores historiográficos, pero sí por haber sido el primer texto de historia escrito después de la independencia.

Se puede decir que el padre Guzmán está a caballo entre dos épocas históricas. Nació en 1759 y murió en 1840. Fue autoridad en su orden y participó en las actividades docentes de la misma y de la Universidad de San Felipe, donde desempeñó la cátedra de Escoto. Asistió al cabildo abierto del 18 de Septiembre y después se mostró activo partidario de la independencia, entre cuyos impulsores gozó de especial consideración. Por otra parte, pertenecía al más alto grupo social de la antigua sociedad colonial, que fue el *conductor del proceso de la emancipación*.

No podía el padre Guzmán ser benévolo frente a España, en su escrito. Así, resumiendo su obra en la introducción de la misma, decía que en su cuarto libro haría "memoria, como preliminares de la revolución americana de las tiranías y muertes injustas de los infelices indios perpetradas por los españoles en los principios de su conquista, y de las vejaciones, malos tratamientos, violentas exacciones en los repartimientos; y se tomará como de paso de las inhumanas mitas que sufrieron por muchos años los miserables indios. Igualmente se hablará de las varias especies de trabas y presiones con que fueron angustiados los americanos españoles criollos, hasta el tiempo de su *independencia, y de la imprudente guerra que les hizo España*". Y hay que reconocer que el padre Guzmán cumplió lo que prometía, inspirando sus duros juicios en la literatura independentista, que, a su vez, recogió sus materiales de Las Casas, Raynal, Paw y otros.

Sin embargo, debe decirse que aparecen en su obra luces y matices que indican que fray José Javier no se desprendió del todo de las circunstancias que vivió como integrante de la más elevada capa de la antigua sociedad criolla. Aparecen allí con frecuencia opiniones y juicios que no siempre se compadecen del todo con la dureza del juicio general.

Nos advierte, por ejemplo, que los "piadosos reyes de España" no aprobaban las crueldades y tiranía que cometían los conquistadores y jefes que mandaban a las Indias, pero que no tenían poder efectivo para sofrenarlos. De uno de ellos, Valdivia, asevera no obstante que estaba dotado de "gran talento, piedad religiosa y buen sinderesis para gobernar a otros, y que así mismo fue hombre de calidad, educación y buenos principios...". Instruye a su interlocutor (la obra supone un diálogo entre un tío anciano, que se presume ser él, y un joven sobrino recién llegado de "la hacienda"), acerca de las personas ilustres que han venido a Chile, entre las cuales se destacó, dice, Juan Bautista Pastene, que "tomó estado con una persona correspondiente a su nobleza, dejando de su matrimonio una dilatada sucesión, que siempre fue distinguida en los principales empleos". Añade después cerca de cuarenta antiguos apellidos, cuyos portadores "se casaron en Chile, honrando hasta hoy la república sus nobles descendientes". Y sigue recordando así a personajes nobles o nobilísimos como Melchor Bravo de Saravia, Francisco de Meneses, "rama inmediata de la real casa de Portugal", y otros más.

Su mentalidad de transición, por llamarla así, lleva al ingenuo religioso a dedicar espacio al problema de los justos títulos de los reyes castellanos sobre las tierras de América, explicando que no sólo podían invocar aquellos la donación pontificia, sino varios otros más, como si se tratase de un problema



actual y de importancia para los recién emancipados chilenos. Exhorta incluso al sobrino a estudiar "esta materia en los sabios autores Frasso, Covarrubias, el abate Nuix y nuestro doctísimo compatriota don Juan de Solórzano en su obra *De lure indiarum*". Y como éste, son muchos los casos en que el padre Guzmán parece solidarizar con una época ya pasada.

Creemos en verdad, que, sin que deba ponerse en duda su leal aceptación de la independencia, no es aventurado suponer que inconscientemente y en el fondo de su alma, siguió viviendo en el Chile anterior a 1810, como debió quizás acontecer con muchos de los patricios de entonces.

Es distinto el caso del presbítero don Justo Donoso, futuro obispo de Ancud y de La Serena, a quien correspondió pronunciar en 1840 la acostumbrada oración patriótica-religiosa de la celebración del 18 de Septiembre, en la catedral de Santiago, ante el Presidente y las altas autoridades nacionales.

Mal parada salió España, sin atenuantes, de tal oración. Se refiere el autor al comienzo a la fecha que se conmemora: "Día en que rompimos el humillante ropaje de la esclavitud, y nos ceñimos el anillo de los hombres libres. Día en que, humillado el león ibero a nuestras plantas, vió escapársele la presa que con cruel saña devoraba, deponiendo, a virtud de nuestro heroísmo, su arrogante ferocidad. Día en que terminó la era fatal de nuestro envilecimiento, barbarie y esclavitud, para principiar otro de dignidad, de luces y de libertad". Y más adelante se puede leer: "Ocupada esta sanguijuela (España) en chupar la sustancia de sus colonias e insaciable de oro y de riqueza, sólo piensa en conservar a todo trance su tiránico dominio". "La América había sufrido por tres centurias los terribles efectos de tan degradante esclavitud, y era llegado el tiempo destinado por la Providencia para que la feroz España, perdiendo su dominación, sufriese el justo castigo a que la hicieron acreedora sus devastaciones y ruinas y los torrentes de sangre con que bañó esta tierra virgen en su bárbara conquista, no menos que el atroz yugo que en seguida hizo pesar sobre las cervices de sus infelices colonias". Y no son éstos solamente los juicios que contienen la comentada oración.

Difícil parece encontrar calificativos tan terribles como éstos frente a la obra de España en América. Incluso extrañan en boca de un eclesiástico. No hay en ellos un trasfondo, como en el texto del padre Guzmán, que mitigue en parte el crudo significado de las palabras. Parecen estar escritas en el fragor de la lucha, en los días de Maipú o de Rancagua, cuando sobre el equilibrio de la mente pesaba el imperio de las pasiones. Pero debe suponerse que los juicios del futuro obispo eran compartidos, por lo menos en lo fundamental, por la generalidad de los chilenos. De otro modo no habrían sido expresados en ocasión solemne, y menos ante el Jefe del Estado.

En el decenio siguiente la reflexión histórica, tan escasa hasta entonces, experimentó un notable crecimiento. Vieron entonces la luz las Memorias universitarias (dehidas a la ley que erigió en 1842 la Universidad de Chile), algunas obras nacidas de los concursos convocados por la misma institución, y los primeros volúmenes de la gran empresa de don Claudio Gay, *Historia física y política de Chile*, encargada directamente por el gobierno.



En general, los juicios que entonces se emitieron carecieron de la acritud y el simplismo de los ya transcritos. Muchas de estas obras se referían a momentos y episodios de la independencia, y no tenían para qué entrar en campos cronológicamente ajenos. Hay incluso un caso de interés, como es la obra de don José Hipólito Salas, también futuro obispo, que publicó en 1848 su *Memoria sobre el Servicio personal de los indígenas y su abolición*. Sin entrar al contenido, que es de gran debilidad científica, resalta el hecho de que, historiando un tema ciertamente difícil y polémico, no cae el autor en una condenación irrestricta. Para él, los autores de los descubrimientos y conquistas "abrigaban muchas veces un designio noble, cediendo sin embargo a los instintos de su época y las preocupaciones de su siglo". Para él, el proceso de liberación del indígena del servicio personal fue una pequeña epopeya, de positivo significado en el desarrollo histórico nacional.

Es distinto el caso de la primera memoria universitaria, dada a luz en 1844 por don José Victorino Lastarria y cuyo título es *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*. Aquí el dictamen anti-español es global, sin posibles atenuantes, y envuelto en consideraciones de orden filosófico-político.

La influencia de la obra de Lastarria fue importante en ciertos sectores, y contribuyó en parte considerable a conformar un criterio que, paulatinamente, llegaría a ser predominante en el ambiente intelectual.

El anticatolicismo implícito o explícito en Lastarria y algunos de sus seguidores, causa o consecuencia de su posición contraria a la obra de España en América, no dejó de producir una reacción.

Así, por ejemplo, al bendecirse en 1855 la capilla de la Veracruz, en un solar que se creía haber pertenecido a Pedro de Valdivia, el presbítero don Vicente Gabriel Tocomal se expresó así:

"Si ayer no más el nombre sólo de español era mirado como baldón de oprobio entre nosotros, debemos gloriarnos que la religión, la cultura y la civilización pulverizaron ya esa extraviada inteligencia que se hace sentir en medio de terribles trastornos o en los arranques de un grande entusiasmo. No era posible que nosotros, que tanto debemos a España; que nosotros, españoles por el lenguaje, por las costumbres, por la legislación, por la sangre, y, sobre todo, por la fé, conservásemos largo tiempo ni apariencias de rivalidad siquiera con esa grande nación que se identifica con nuestra vida; con España, digo, cuya unidad religiosa ha sido la enseña de su estandarte en una lucha de ocho siglos con el formidable poder de la Media Luna, que condujo a sus marinos al descubrimiento de nuevos mundos, a dar los primeros la vuelta a la redondez del globo y que alentó mil veces a sus guerreros a llevar a cabo conquistas heroicas. ¡Ah! esa nación nos pertenece, y las glorias del gran Gonzalo, de Hernán Cortés, de Pizarro, de Valdivia y del vencedor de Lepanto son nuestras glorias. No pueden menos que infundirnos un profundo respeto sus sombras veneradas, so pena de quebrantar el lazo que a ellos nos une y de hacernos indigna prole de tan esclarecidos varones. Sí: ellos son nuestros abuelos, su sangre nuestra sangre, y sólo



rompiendo con nuestras tradiciones, sólo separando por insondable abismo nuestras creencias de sus creencias, nuestras costumbres de sus costumbres, y sólo consintiendo en cegar para siempre los ricos manantiales que nos legó el honor y la religiosidad de nuestros gloriosos antepasados, podríamos mirarlos con desdeñosa indiferencia y no dedicar tarde o temprano, especialmente al ilustre fundador de esta ciudad, un monumento de gratitud a su memoria".

Por su parte, don José Ignacio Víctor Eyzaguirre, en su importante obra *Los intereses católicos en América*, aparecida en 1859, creyó también necesario hacer una explícita defensa de España. Así leemos:

"Por más que las injustas prevenciones de ciertos escritores hayan procurado manchar la conducta de los hombres que plantaron en América el árbol frondoso de la civilización cristiana, este se levanta vigoroso y lozano cobijando bajo sus verdes ramos mil ciudades y mil pueblos que tienen en su seno cuantos elementos necesitan para ser prósperos y felices. Un capitán que sediento de oro derrama traidoramente la sangre de un monarca inocente, y otro que hace perecer en la hoguera a sus nobles prisioneros que rehusan descubrir los secretos que exige su vencedor, son hechos aislados y que no oscurecen por cierto la gloria que adquirió España civilizando el Nuevo Mundo. Entre los excesos a que se abandona el hombre cuando la fortuna constantemente le protege, uno de los más frecuentes ha sido la crueldad, y la sangre en ellos derramada no mancha a los españoles solamente. Los que deprimen las más bellas obras de los reyes católicos, presentándolas estudiosamente oscurecidas al lado de aquellos hechos; los que al escribir la historia de la conquista de América aparecen dominados por preocupaciones que les impiden encontrar siempre la verdad, y los que no quieren ver los hechos nobles, generosos y magnánimos que hicieron célebre el nombre de Cortés, de Pizarro y de Valdivia, sino presentarnos a esos mismos hombres por el reverso que ofrecen sus debilidades y sus extravíos, todos esos al escribir no fueron imparciales y su historia carece de las más hermosas páginas que ennoblecen la del Nuevo Mundo. Cada vez que he recorrido las ciudades que fundaron en América los españoles para servir de centro de sus conquistas y de su poderío, al encontrar en ellas tantos y tan suntuosos edificios, destinados a propagar la ilustración los unos y a servir de baluarte a la religión y a la moral los otros, tantos templos, tantas universidades y colegios, tantos hospitales y asilos de caridad, tantas casas de huérfanos y de refugio para los perseguidos por la fortuna, que nacieron y se desarrollaron a la sombra de los reyes católicos y de sus capitanes en América, he tenido ocasión de bendecir a la Providencia que para propagar las luces en América eligió una nación grande y generosa, que cumplió su misión de un modo digno y perpetuó su nombre en mil monumentos que lo transmitirán lleno de gloria hasta las generaciones más remotas".

Pero opiniones como éstas no tuvieron largo alcance. Para que la rehabilitación de España hubiese sido obra sólida y duradera era preciso que se fundase en algo más que en frases líricas. Eran necesarios una paciente

investigación, un buen conocimiento de las ciencias auxiliares, un reposo en el pensamiento. Pero, por lo menos en quienes no tenían prejuicio contra España, tales cosas no se dieron entonces.